

HISTORIAS DE ABUELAS

“NO SABÍAMOS POR DÓNDE EMPEZAR”. AMELIA MIRANDA CUENTA SU VIDA Y SU LUCHA JUNTO A LAS ABUELAS DE PLAZA DE MAYO.

LA ABUELA AMELIA CUENTA LA DESAPARICIÓN DE SU HIJA, SU YERNO Y SUS NIETOS, EL RECONOCIMIENTO DE SUS CUERPOS, LA PERVERSIÓN MILITAR DE SIMULAR EL CADÁVER DE UNA BEBA PARA EVITAR LA BÚSQUEDA; LA LUCHA INQUEBRANTABLE POR EL ENCUENTRO CON SU NIETA.

Hasta que no pasó la guerra de Malvinas y las Fuerzas Armadas se corrieron de la escena, sobreviví mintiendo, refugiada en lo que me quedaba de familia. Mi hija había sido muerta junto con su compañero, Roberto, el 3 de septiembre de 1976, en un enfrentamiento con los militares. Cuando en el barrio, en la calle, me preguntaban por ella, respondía “Está en Brasil”.

En 1983, año de exhumaciones y descubrimientos, mi caso se ventiló en conferencias públicas y en la prensa. Con lo cual los mismos vecinos del barrio se acercaban a mi casa a darme el pésame tardío, me preguntaban por qué no les había dicho la verdad.

Nací en Unquillo, provincia de Córdoba, en 1924. No tuve muchos niños. Mi mamá era una de esas españolas que decían que era mejor que la hija mayor se quedara en casa. Así que no era como con las chicas de ahora. Eso día a la noche, tener un novio, luego otro. Eso no. Mi marido se fue a Buenos Aires poco después de la Revolución Libertadora. Trabajaba en una fábrica de aviones, apenas tenía con qué pagar el alquiler y el estallido de una de las tantas crisis inflacionarias argentinas le hizo pensar en aquella tía que tenía en Santos Lugares. Se vino, comenzó a trabajar en La Bernalesa y poco después llegué yo cargando a mis hijos varones. Hasta fin de ese año, dejé que mi hija Amelia Bárbara terminara el año en el colegio de monjas. En diciembre hizo la comunión y me la traje. Fuimos haciendo la casa con el correr de los años. Era grandecita, era provisoria; pero linda, grande. Mi hijo Antonio murió a los 19 años, en un accidente de moto.

Tras el desfalle en La Bernalesa, a Juan no le pagaron la indemnización con dinero sino con telas. Tenía pilas de tela y ni un peso. Después pasó por Techint, por Sucamor. Comencé a coser, a todas las vecinas les he cosido.

Los chicos, mi yerno y mi hija, ya habían sido perseguidos en Córdoba.

ba. Ella nos llamó un día porque les habían volado la casa y se habían ido a lo de mi suegra. Como la familia de mi marido tenía mucho miedo, nos fuimos para allá con Juan, mi marido. Mi yerno le dijo a Juan si no se animaba a alquilar una casita para salir de todo eso. Juan dijo que sí y se alquilaron un chalecito en La Paisanita, un lugar muy lindo.

Estuvimos un par de semanas en el paraíso, siempre mirando por si venía alguien. Mi hija Amelia estaba embarazada, ya a punto de parir. Cuando nos separábamos yo la vi ahí parada, en un cerrito, con su pancita. Por esos días yo me preguntaba cómo le habría ido, si habría tenido familia, si no habría tenido, estarán muertos o vivos.

El día 7 de abril siguiente estaba en mi casa cuando de pronto vi entrar a mi hija con la beba, junto con Roberto y los dos chicos.

Pasamos unos pocos meses juntos, no más de tres, por el miedo que Amelia y Roberto tenían de comprometer al resto de la familia. Se mudaron a una casa de San Isidro cuya ubicación mantuvieron en reserva. De vez en cuando Amelia chica nos visitaba en la casa de su infancia, o nos veíamos en el centro, o hacíamos algún paseito en el Citroen familiar, siempre con el corazón en la boca. Alguna vez mi hija me dijo que me quedaría tranquila. “Aunque nos pase algo a nosotros, con ustedes no se van a meter”. También tuvo la idea de entregarme una pequeña tarjeta donde figuraba la dirección de San Isidro. Me pidió que no la mirara y que enterrara la tarjeta. “Si te torturan y lo sabes, lo vas a decir. Si no lo sabes, no”.

Un 5 de septiembre de 1976 llegué a casa un vecino y me dijo: “Mire, Amelia, qué bárbaro, lo que pasó en San Isidro”. La tapa del Diario Clarín llevaba este título central: “Abateción a extremistas en San Isidro...”. La reseña añadía: “Tras un prolongado tiroteo, las fuerzas de seguridad abatieron a cinco extremistas que se resistieron a desalojar una finca en San Isidro, donde se realizaba una reunión”.

Al iniciarse el operativo –por parte de aproximadamente quince individuos vestidos de civil y numerosos integrantes de fuerzas militares– dicen que Roberto solicitó a gritos sin resultado alguno que se produjera la salida de los niños. Después de cuatro horas de enfrentamiento, la vivienda fue bombardeada con cohetes. Fue entonces que el personal de civil irrumpió en la finca y se escucharon numerosos disparos de armas de fuego durante varios minutos. A fines de 1982, al director del cementerio de Boulogne le llamó la atención un conjunto de expedientes olvidados en un armario en los que constaban 36 entradas de cadáveres NN. Más le sorprendió una de las entradas, la que refería a los restos de un padre, madre y tres chicos. Los expedientes llegaron hasta la sede de Abuelas, quienes ya habían paseado por la Plaza de Mayo la pancarta con la fotografía del rostro de Roberto, enviada desde Córdoba por su padre. Las Abue-



Amelia Miranda

las se vinieron hasta casa. Yo las había visto a la señora Mariani y a Estela Carlotto por televisión. Lo primero que les dije fue eso: “Aunque las he visto por la televisión”. Justo en ese momento Juan estaba en la mesa con los documentos de los chicos, los recortes de los diarios, el reloj que había dejado mi hija. No sabíamos por dónde empezar. Empezamos, y lo hicimos junto con las Abuelas, a presionar al juez Ramos Padilla con una conferencia de prensa porque su juzgado demoraba la orden de exhumación. Y llegó el día: fuimos, y se levantaron los restos, sabían perfectamente qué ones eran, cómo estaban, por

que el director que estaba ahí les decía tres metros así, dos así, y ahí mandaba a cavar al hombre. Ahí estaban. A los tres metros salió Roberto, le conocí el pantalón, la cabeza la tenía estallada, era alto. La ficha dentaria era la misma. Después ella también era ella, tenía unos zapatos que yo conocía bien, en aquella época se usaban unos mocasines con taco, color guinda. Los tenía al lado, no puestos, y un pulóver que tenía rimbos en el pecho, que yo tengo una foto con ese pulóver. Era ella, pero nos enteramos que había sido rematada porque tenía en el maxilar un orificio de bala que había

sido como de a diez centímetros. El orificio tendría un centímetro y medio, entraba por un lado y salía por el otro, y la cadera quebrada, que no fue por bala, sino por patada o culatazo, así que todo eso lo vi, tuve el cráneo de ella en las manos. Fue en el 83.

Los chiquitos también tenían la cabeza estallada. La nena tenía un delantal que yo le hacía de esas telas tramadas, de nylon, para cubrirle el pulóver o la ropa de abajo. El nylon no se pudre. Y donde estaba un cajoncito chiquito, donde tendría que estar Matilde, de seis meses, lo abren, desuervelen una manta verde que era un pedazo de frazada que yo conocía, y había sólo un osito limpio, con las medicitas medias, un chupete y unas falanges de adulto, que aunque yo que no sé nada, sé que eso no pertenece a un bebé. Entonces le digo al médico forense: “Doctor, acá no hay nada”. Él me palmea y me dice: “Es que era tan ternita que se hizo agua”. Una nena de seis meses no es agua.

Estaba un muchacho inglés que era antropólogo [Morris Tidball Binz], se hicieron todos los estudios, vino un antropólogo de Estados Unidos [Clyde Snow], hizo todos los estudios sobre la manita, sobre el osito y ahí no había habido un bebé, porque dejan la mancha de sangre, los huesos como polvo, pero huesos. A los seis meses tienen huesos. Y otra cosa que me dijeron fue que los dientes, aunque no hayan salido, ya vienen con el esmalte. Y eso es muy difícil que se pudra, eso dura con los años.

Junto con Juan tuvimos que pelear con la ayuda de Abuelas para obtener los restos y finalmente pudimos sepultarlos en un nicho municipal del cementerio de Quilmes. Los estudios de los antropólogos forenses determinaron que la granada de mano con la que había salido Roberto estalló bajo sus pies, caída en el piso, como si las balas lo hubieran alcanzado una décima de segundo antes de poder lanzarla. En cuanto a la beba, se ve que mi hija la había puesto entre dos colchones porque se salvó. Pero los chicos, que ya caminaban, no. Estaban con la madre.

AMELIA, ALMA DE LA CASA DE LAS ABUELAS

El abuelo Juan falleció y gracias a su trabajo en el área de investigación de Abuelas, se resolvieron algunos casos.

Amelia, la gran jardinera, cuyo jardín es como un fantástico laberinto de plantas indescriptibles, sigue buscando a su nieta y se convirtió en uno de los pilares de la institución. Es la abuela que viaja diariamente desde Ranelagh, en tren diesel, hasta la sede de Abuelas para hacer su trabajo que es el mantenimiento de la casa y la comida de los mediodías, con ese sabor cordobés que se descubre cada vez que se ingresa en la casa.

UNA SOLICITADA PUBLICADA EL 18 DE DICIEMBRE DE 2001

REPRODUCIMOS AQUÍ UNA SOLICITADA QUE LAS ABUELAS DE PLAZA DE MAYO PUBLICARON EL DÍA MARTES 18 DE DICIEMBRE DE 2001 EN EL PERIÓDICO PÁGINA/12 (EN SU PÁGINA 10).

Abuelas de Plaza de Mayo

Sres. del gobierno:

Abuelas de Plaza de Mayo a nosotros podemos continuar sin decir nuestro reclamo frente a esta situación de abandono, indiferencia y despojo en que están sumiendo a buena parte del pueblo.

Niños y enfermos dependientes del PAMI sin los medicamentos que debían proporcionarles – dolor y muerte. Ancianos sin cobertura farmacéutica en una etapa de la vida en que es imposible continuar sin la medicina necesaria – dolor y muerte.

Saqueo de los sueldos y de las jubilaciones magras e insuficientes sin ninguna relación con los aportes efectuados – hambre y miseria.

Pago de las jubilaciones cuando se les ocurre y decisión de apropiarse del aguinaldo que nos corresponde por ley de la Nación – angustia y desazón.

Parecería que el plan del gobierno, evidentemente la consumación del que fuera implementado por la dictadura genocida, es acabar con la vida de una buena cantidad de argentinos. ¿10.000.000 tal vez?

Señores del gobierno, ¿adónde nos están llevando? Abuelas de Plaza de Mayo les exigimos que reaccionen y vuelvan la mirada a este estado indolente e inhumano al que están sometiendo a quienes los eligieron para cuidar la vida de todos, no para programar su muerte.

Alba R. Lanzilotto, secretaria
Estela B. de Carlotto, presidenta